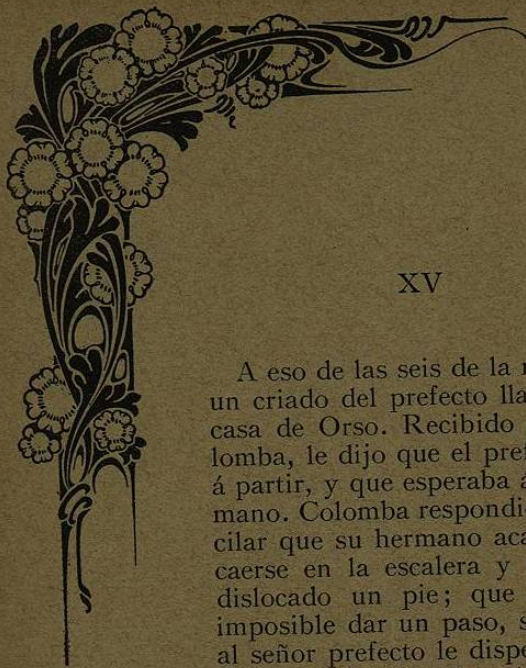


na fué despedida con instrucciones secretas, y Colomba pasó la mayor parte de la noche leyendo antiguos papelotes. Un poco antes del día, lanzaron algunas piedrecitas sobre su ventana; á esta señal, descendió al jardín, abrió una puerta excusada, é introdujo en su casa dos hombres de muy mala catadura; su primer cuidado fué llevarlos á la cocina y darles de comer. Quienes eran estos hombres va á saberse en seguida.



XV

A eso de las seis de la mañana, un criado del prefecto llamó á la casa de Orso. Recibido por Colomba, le dijo que el prefecto iba á partir, y que esperaba á su hermano. Colomba respondió sin vacilar que su hermano acababa de caerse en la escalera y se había dislocado un pie; que siéndole imposible dar un paso, suplicaba al señor prefecto le dispensara, y le quedaría muy reconocido si se dignaba tomarse la molestia de pasar á su casa. Poco después de este mensaje, descendió Orso y preguntó á su hermana si el prefecto le había mandado á buscar.

—Os ruega que le esperéis aquí, contestó con la mayor sangre fría.

Pasó una media hora sin que se notase el menor movimiento del lado de la casa de los Barri-cini; sin embargo, Orso preguntó á Colomba si había descubierto algo; ella respondió que se explicaría delante del prefecto. Afectaba una gran calma, pero su tez y sus ojos anunciaban una agitación febril.

Por fin, se vió abrir la puerta de la casa Ba-

rricini; el prefecto, en traje de viaje, salió primero, seguido del alcalde y sus dos hijos. Grande fué la estupefacción de los habitantes de Pietranera, en acecho desde la salida del sol para asistir á la marcha del primer magistrado del departamento, cuando lo vieron, acompañado de los tres Barricini, atravesar la plaza en línea recta y entrar en la casa della Rebbia. «¡Hacen las paces!» exclamaron los políticos del pueblo.

—Bien os lo decía, agregó un anciano, Orso Antonio ha vivido mucho tiempo en el continente para hacer las cosas como un hombre de corazón.

—Con todo, respondió un rebbianista, notad que son los Barricini los que van á buscarlo; pidén perdón.

—Es el prefecto quien los ha inducido, replicó el viejo; ya hoy no hay corazón, y los jóvenes se cuidan de la sangre de sus padres como si fuesen todos bastardos.

El prefecto se sorprendió de encontrar á Orso de pie y andando sin dificultad. En dos palabras, Colomba se acusó del engaño y le pidió perdón:

—Si os hubieseis hospedado en otra casa, señor prefecto, dijo, mi hermano hubiera ido ayer mismo á presentaros sus respetos.

Orso se confundía en excusas, protestando que era ageno por completo á esta astucia ridícula que tanto le disgustaba. El prefecto y el viejo Barricini demostraron creer en la sinceridad de sus manifestaciones, justificadas además por su confusión y los reproches que dirigía á su hermana; pero los hijos del alcalde no parecieron satisfechos:

—Se burlan de nosotros, dijo Orlanduccio, bastante alto para que fuese oído.

—Si mi hermana me hiciese una cosa como

esa, añadió Vincentello, le quitaría muy pronto las ganas de repetirla.

Estas palabras y el tono con que fueron dichas desagradaron á Orso y le hicieron perder un poco de su buena voluntad; cambió con los Barricini miradas en las que no se pintaba ninguna benevolencia.

Sin embargo, todos estaban sentados, á excepción de Colomba, que se quedó de pie cerca de la puerta de la cocina. El prefecto tomó la palabra, y, después de algunos lugares comunes sobre las preocupaciones del país, recordó que la mayor parte de las enemistades más inveteradas sólo tenían por causa errores. Después, dirigiéndose al alcalde, le dijo que el señor della Rebbia no había creído nunca que la familia Barricini hubiese tomado una parte directa ó indirecta en el deplorable acontecimiento que le había privado de su padre; que á la verdad, había conservado algunas dudas relativas á una particularidad del pleito que había existido entre las dos familias; que esa duda se excusaba por la larga ausencia de Orso y la naturaleza de los informes que había recibido; que esclarecidos ahora por recientes revelaciones, se daba completamente por satisfecho, y deseaba establecer con el señor Barricini y sus hijos, relaciones de amistad y de buena vecindad.

Orso se inclinó con aire violento; el señor Barricini balbuceó algunas palabras que nadie entendió; y sus hijos miraron las vigas del techo. El prefecto, continuando su arenga, iba á dirigir á Orso la contra partida de lo que acababa de cargar al señor Barricini, cuando Colomba, sacando de debajo de su manteleta algunos pape- avanzó gravemente entre las partes contratantes.

—Vería con gran placer, dijo, que concluyera la guerra entre nuestras dos familias; pero para

que la reconciliación sea sincera, es preciso que medien explicaciones para que desaparezcan las dudas.—Señor prefecto, la declaración de Tomaso Bianchi no me merece crédito, dada su mala fama.—He dicho que vuestros hijos quizás hayan visto á este hombre en la prisión de Bastia...

—Eso es falso, interrumpió Orlanduccio, yo no lo he visto.

Colomba le dirigió una mirada de desprecio, y prosiguió con mucha calma en apariencia:

—¿Habéis explicado el interés que podía tener Tomaso en amenazar al señor Barricini en nombre de un bandido temible, por el deseo que tenía de conservar á su hermano Teodoro el molino que mi padre le arrendaba á bajo precio?...

—Eso es evidente, dijo el prefecto.

—Viniendo de un miserable como parece serlo ese Bianchi, todo se explica, dijo Orso, engañado por el aire de moderación de su hermana.

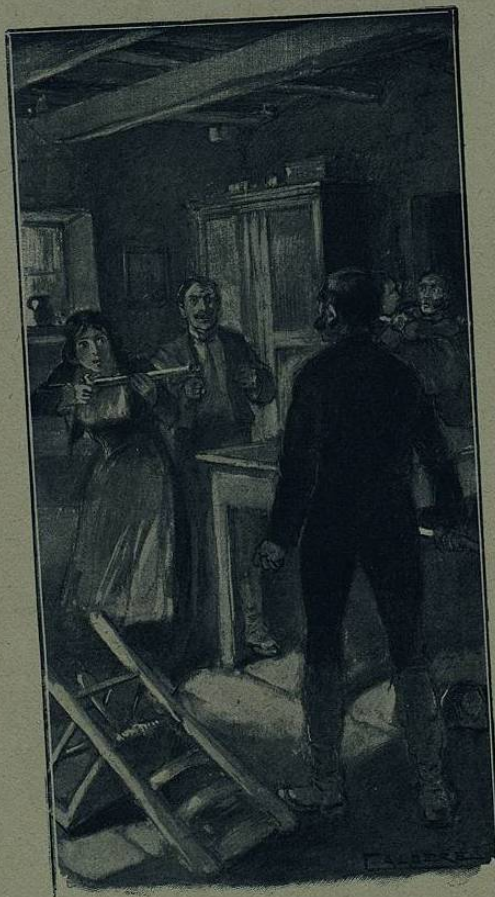
—La carta falsificada, continuó Colomba cuyos ojos empezaban á brillar con un fuego más vivo, está fechada el 11 de julio. Tomaso estaba entonces con su hermano en el molino.

—Sí, dijo el alcalde un poco inquieto.

—¿Qué interés tenía, pues, Tomaso Bianchi? exclamó Colomba con aire de triunfo. El arrendamiento de su hermano había expirado; mi padre lo había despedido el 1.º de julio. He aquí el registro de mi padre, la minuta de la despedida, y la carta de un agente de negocios de Ajaccio que nos proponía un nuevo molinero.

Hablando así, entregó al prefecto los papeles que tenía en la mano.

Hubo un momento de general admiración. El alcalde palideció ligeramente; Orso, frunciendo el entrecejo, avanzó para enterarse de los papeles que el prefecto leía con mucha atención.



—¡Se burlan de nosotros! exclamó de nuevo Orlanduccio levantándose con cólera. ¡Vámonos, padre mío, no hemos debido venir aquí nunca!

Un instante bastó al señor Barricini para recobrar su sangre fría. Pidió que le dejaran examinar los papeles; el prefecto se los entregó sin decir una palabra. Entonces, levantando sus anteojos verdes sobre su frente, los recorrió con aire bastante indiferente, mientras que Colomba lo observaba con los ojos de una tigre que ve á un gamo aproximarse á la guarida de sus cachorros.

—Pero, dijo el señor Barricini bajando sus anteojos y devolviendo los papeles al prefecto,— conociendo la bondad del difunto coronel... Tomaso pensó... ó debió pensar... que el señor coronel desistiría de su resolución de despedirlo... De hecho, quedó en posesión del molino, por lo tanto...

—Yo soy, dijo Colomba con aire de desprecio, la que se lo dejó. Mi padre había muerto, y en mi posición yo debía dirigir á los clientes de mi familia.

—Sin embargo, dijo el prefecto, el tal Tomaso reconoce que escribió la carta..., eso es claro.

—Lo que es claro para mí, interrumpió Orso, es que hay grandes infamias ocultas en todo este asunto.

—Aun tengo que rebatir una aserción de esos señores, dijo Colomba.

Abrió la puerta de la cocina, y en seguida entraron en la sala Brandolaccio, el licenciado en teología, y el perro Brusco. Los dos bandidos estaban desarmados, por lo menos en apariencia; tenían la cartuchera en la cintura, pero no la pistola que es el obligado complemento.

Al entrar en la sala se descubrieron respetuosamente.

Calcúlese el efecto que produjo su súbita aparición. El alcalde estuvo á punto de caerse de espaldas; sus hijos se pusieron valientemente delante de él, con la mano en el bolsillo de sus chaquetas, buscando sus estiletos. El prefecto hizo un movimiento hacia la puerta, mientras que Orso, cogiendo á Brandolaccio por el cuello, le preguntó:

—¿Qué vienes á hacer aquí, miserable?

—¡Esta es una emboscada! exclamó el alcalde procurando abrir la puerta; pero Saveria la había cerrado por fuera con doble vuelta, por orden de los bandidos, según se supo en seguida.

—¡Buenas gentes! dijo Brandolaccio, no tengáis miedo de mí; no soy tan malo como parezco. No tenemos ninguna mala intención. Señor prefecto, soy vuestro servidor.—¡Mi teniente, dulzura, me estranguláis!

—Nosotros venimos aquí como testigos. Vamos, habla, tú, Cura, tú tienes la lengua bien expedita.

—Señor prefecto, dijo el licenciado, no tengo el honor de que me conozcáis. Me llamo Giocanto Castriconi, más conocido bajo el nombre de Cura. ¡Ah! ¡me perdonáis! La señorita, á quien yo no tenía la honra de conocer, me ha rogado le dé antecedentes sobre un tal Tomaso Bianchi, con el cual yo estaba detenido, hace tres semanas, en las prisiones de Bastia. He aquí lo que tengo que deciros...

—No os toméis ese trabajo, dijo el prefecto; no tengo nada que escuchar de un hombre como vos... Señor della Rebbia, quiero creer que no habréis tomado ninguna parte en este odioso complot. Pero, ¿mandáis en vuestra casa? Haced abrir esta puerta. Vuestra hermana, quizás tenga que dar cuenta de las extrañas relaciones que sostiene con bandidos,

—Señor prefecto, exclamó Colomba, dignaos escuchar lo que va á decir este hombre. Estáis aquí para hacer á todos justicia, y vuestro deber es buscar la verdad. Hablad, Giocanto Castriconi.

—No lo escuchéis, exclamaron á coro los tres Barricini.

—Si todo el mundo habla á la vez, dijo sonriendo el bandido, no va á ser posible entenderse. En la prisión, pues, yo tenía por compañero, no por amigo, al Tomaso en cuestión. El recibía frecuentes visitas del señor Orlanduccio.

—Eso es falso, exclamaron á la vez los dos hermanos.

—Dos negaciones valen una afirmación, observó fríamente Castriconi. Tomaso tenía dinero; comía y bebía de lo mejor. Siempre me han gustado las buenas comidas (ese es mi menor defecto), y, á pesar de mi repugnancia en tratarme con ese bribón, me dejé ir varias veces á comer con él. Por reconocimiento, le propuse evadirse conmigo... Una pequeña... para la que yo había tenido bondades, me procuraba los medios... No quiero comprometer á nadie. Tomaso rehusó, diciéndome que estaba seguro del buen resultado de su asunto; que el abogado Barricini lo había recomendado á todos los jueces, y que saldría de allí blanco como la nieve y con dinero en el bolsillo. En cuanto á mí, creí deber tomar el aire. *Dixi.*

—Todo lo que dice este hombre es un montón de mentiras, repitió resueltamente Orlanduccio. Si estuviéramos en campo raso, cada uno con un fusil, no hablaría así.

—¡He aquí una necedad! exclamó Brandolaccio. No os malquistéis con el Cura, Orlanduccio.

—¿Me dejaréis al fin salir, señor della Reb-

bia? dijo el prefecto dando con el pie en señal de impaciencia.

—¡Saveria! ¡Saveria! gritó Orso, ¡abrid la puerta, con mil demonios!

—Un instante, dijo Brandolaccio. Nosotros tenemos que marchar primero. Señor prefecto, es costumbre cuando uno se encuentra en casa de amigos comunes, darse una media hora de tregua al separarse.

El prefecto le lanzó una mirada de desprecio.

—Servidor de toda la compañía, dijo Brandolaccio.

Después, extendiendo el brazo horizontalmente: ¡Vamos, Brusco, dijo á su perro, salta por el señor prefecto!

El pero saltó, los bandidos cogieron con presteza sus armas de la cocina, huyendo por el jardín, y á un agudo silbido la puerta de la sala se abrió como por encanto.

—Señor Barricini, dijo Orso con furor concentrado, os tengo por un falsario. Hoy mismo enviaré mi querrela contra vos al procurador del rey, por falsedad y complicidad con Bianchi. Quizás tenga que presentar otra aún más terrible.

—Y yo, señor della Rebbia, dijo el alcalde, presentaré la mía contra vos por alevosía y por complicidad con bandidos. Entretanto, el señor prefecto os recomendará á la gendarmería.

—El prefecto cumplirá con su deber, dijo éste con severo tono. Velará porque el orden no se altere en Pietranera, y procurará que se haga justicia. ¡Me dirijo á todos ustedes, señores!

El alcalde y Vincentello estaban ya fuera de la sala, y Orlanduccio les seguía retrocediendo, cuando Orso le dijo en voz baja:

—Vuestro padre es un viejo que yo destruiría

de una bofetada; á vos y á vuestro hermano la destino.

Por respuesta, Orlanduccio sacó su estilete y se echó sobre Orso como un loco; pero antes que pudiera hacer uso de su arma, Colomba le cogió el brazo, que torció con fuerza, mientras que Orso, dándole con el puño en el rostro, le hizo retroceder algunos pasos y chocar fuertemente contra el quicio de la puerta. El estilete cayó de la mano de Orlanduccio, pero Vincentello tenía el suyo y entraba en la sala, cuando Colomba, saltando sobre un fusil, le probó que la partida no era igual. Al mismo tiempo, el prefecto se interpuso entre los combatientes.

—¡Hasta muy pronto, Ors' Anton'! exclamó Orlanduccio; y tirando con violencia de la puerta de la sala, la cerró con llave para ganar tiempo de hacer retirada.

Orso y el prefecto quedaron un cuarto de hora sin hablar, cada uno en un extremo de la sala. Colomba, con el orgullo del triunfo sobre la frente, los miraba alternativamente, apoyada en el fusil que había decidido la victoria.

—¡Qué país! ¡qué país! exclamó al fin el prefecto levantándose impetuosamente. Señor della Rebbia, habéis obrado mal. Os pido vuestra palabra de honor de absteneros de toda violencia y esperar que la justicia decida en este maldito asunto.

—Sí, señor prefecto, he obrado mal pegando á ese miserable; pero en fin le he pegado, y no puedo rehusarle la satisfacción que me ha pedido.

—¡Ca! no, ¡él no quiere batirse con vos!... Pero si os asesina... habéis hecho con exceso todo cuanto es posible para ello.

—Nosotros nos guardaremos, dijo Colomba.

—Orlanduccio, dijo Orso, me parece un mu-

chacho de corazón y auguro mejor de él, señor prefecto. Ha estado pronto á tirar de su estilete, pero en su lugar quizás yo hubiera obrado del mismo modo; y gracias á que mi hermana tiene el puño fuerte.

—¡No os batiréis! exclamó el prefecto, ¡os lo prohibo!

—Permitidme que os diga, caballero, que en materia de honor no reconozco otra autoridad que la de mi conciencia.

—¡Os digo que no os batiréis!

—Podéis hacerme detener, señor..., es decir, si yo me dejo coger. Pero, si eso ocurriese, no haríais más que diferir una cuestión que ahora es inevitable. Vos sois hombre de honor, señor prefecto, y sabéis muy bien que no se puede obrar de otro modo.

—Si hacéis detener á mi hermano, agregó Colomba, la mitad del pueblo se pondría de su parte y oiríamos un buen tiroteo.

—Os prevengo, señor, dijo Orso, y os suplico no creáis que es una bravata; os prevengo que si el señor Barricini abusa de su autoridad de alcalde para hacerme detener, me defenderé.

—Desde hoy, contestó el prefecto, el señor Barricini queda suspenso en sus funciones... él se justificará, lo espero... Sabed, caballero, que me interesáis. Lo que yo os pido es muy poca cosa: quedad en vuestra casa tranquilo hasta mi regreso de Corte. Sólo estaré ausente tres días. Volveré con el procurador del rey, y desembrollaremos entonces completamente este triste asunto. ¿Me prometéis de absteneros hasta entonces de toda hostilidad?

—No puedo prometerlo, señor, si, como creo, Orlanduccio me pide un encuentro.

—¡Cómo! señor della Rebbia, vos, militar

francés, ¿queréis batiros con un hombre que suponéis falsario?

—Le he pegado, señor.

—Pero si hubiérais pegado á un presidiario y os pidiese una reparación, ¿os batiríais con él? ¡Vamos, señor Orso! ¡Pues bien! os pido aún menos; no busquéis á Orlanduccio... Os permito batiros si él os pide una cita.

—Me pedirá una reparación, no tengo la menor duda, pero os prometo no darle más bofetadas para obligarlo á batirse.

—¡Qué país! repetía el prefecto paseándose á grandes pasos. ¡Cuándo querrá Dios que yo vuelva á Francia!

—Señor prefecto, dijo Colomba con su voz más dulce, se hace tarde, ¿nos haríais el honor de almorzar aquí?

El prefecto no pudo contener la risa.

—He estado aquí ya mucho tiempo... ¡Esto parece parcialidad... ¡Y esa maldita piedra!... Es preciso que yo parta... Señorita della Rebbia... ¡cuántas desgracias habéis quizás preparado hoy!

—A lo menos, señor prefecto, haréis á mi hermana la justicia de creer que sus convicciones son profundas; y, estoy ahora seguro de ello, vos mismo las creéis bien establecidas.

—Adiós, caballero, dijo el prefecto haciéndole un signo despedida con la mano. Os prevengo que voy á dar orden al brigadier de gendarmes para que vigilen vuestros pasos.

Cuando hubo salido el prefecto, dijo Colomba:

—Orso, no estáis aquí en el continente. Orlanduccio no entiende nada de vuestros duelos, y por lo demás no es por la muerte que le dé un valiente como debe morir ese miserable.

—Mi buena Colomba, tú eres la mujer fuerte.

Te estoy muy reconocido por haberme salvado de una buena puñalada. Dame tu pequeña mano para besarla. Pero, ves tú, déjame obrar. Hay ciertas cosas que no entiendes. Dame de almorzar; y, en seguida que el prefecto se haya puesto en camino, hazme venir la pequeña Chilina que parece desempeñar á maravilla las comisiones que se le dan. Necesitaré de ella para que lleve una carta.

Mientras que Colomba cuidaba de los preparativos del almuerzo, Orso subió á su cuarto y escribió el siguiente billete:

«Debéis estar deseoso de encontrarme; yo no lo estoy menos. Mañana por la mañana podremos vernos á las seis en el valle de Acqua viva. Soy muy hábil en el manejo de la pistola, y no os propongo este arma. Se dice que tiráis muy bien al fusil: llevemos cada uno un fusil de dos tiros. Yo iré acompañado de un hombre de este pueblo. Si vuestro hermano quiere acompañaros, tomad un segundo testigo y prevenídmelo. Solamente en ese caso tendré yo dos testigos.

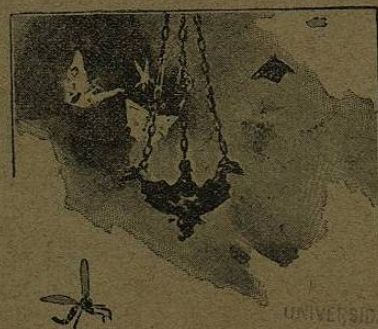
Orso-Antonio della Rebbia.»

El prefecto, después de haber estado una hora en casa del segundo alcalde, y de haber entrado algunos minutos en la de los Barricini, partió para Corte escoltado solamente por un gendarme. Un cuarto de hora después llevó Chilina la carta que acabamos de leer y la entregó á Orlanduccio en sus propias manos.

La respuesta se hizo esperar y no llegó hasta la tarde. Estaba firmada por Barricini padre, y anunciaba á Orso que denunciaría al procurador del rey la carta amenazadora dirigida á su hijo. «Con la energía de mi conciencia, agregaba al

terminar, espero que la justicia decida sobre vuestras calumnias».

Sin embargo, cinco ó seis pastores llamados por Colomba llegaron para guarnecer la torre de los della Rebbia. A pesar de las protestas de Orso se practicaron troneras en las ventanas que daban á la plaza, y toda la tarde recibió ofrecimientos de servicio de diferentes personas del pueblo. Hasta llegó una carta del teólogo bandido, que prometía, en su nombre y en el de Brandolaccio, intervenir si el alcalde se hacía acompañar de la gendarmería. Concluía por esta postdata: «¿Osaré preguntaros lo que piensa el señor prefecto de la excelente educación que da mi amigo al perro Brusco? Después de Chilina, no conozco discípulo más dócil y que muestre más felices disposiciones».



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTRO"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO